

Relaciones familiares y desarrollo adolescente

Alfredo Oliva Delgado
Universidad de Sevilla

En este artículo se presentan los hallazgos más relevantes de la investigación realizada en las últimas décadas sobre las relaciones familiares y el desarrollo adolescente, prestando una atención especial a dos aspectos: los cambios en estas relaciones con la llegada a la adolescencia de los hijos, y su influencia sobre el desarrollo y el ajuste del adolescente. Siguiendo un enfoque dimensional, se analizan aspectos claves del estilo parental, como son el afecto, la comunicación, los conflictos, el control y la promoción de la autonomía. La literatura empírica existente sobre este tema indica que los adolescentes se ven muy favorecidos cuando tienen padres que se muestran afectuosos, comunicativos y les animan a mostrarse autónomos. También el control y los conflictos pueden ser positivos para el desarrollo adolescente, aunque en este caso es necesario introducir algunas matizaciones, pues las consecuencias son menos evidentes. Por otra parte, los datos disponibles nos alejan de la visión catastrofista de las relaciones entre padres y adolescentes, ya que con la excepción de la primera etapa de la adolescencia, en que suelen surgir algunas dificultades y conflictos, estas relaciones suelen ser positivas y satisfactorias. A partir de estos datos, se destaca la importancia de ofrecer a padres y madres orientación y recursos para que puedan ejercer su rol parental de la forma más favorable para ellos y para sus hijos.

Palabras clave: relaciones padres-adolescentes, estilos parentales, ajuste adolescente, familia.

This article presents the most important findings from research carried out in recent decades on adolescent development in the family context, special attention being paid to two main topics: changes in family relationships with the arrival of adolescence and family influences on teenagers' development and adjustment. Following a dimensional approach, key elements of parent-adolescent relationships such as affect, communication, conflict, control and the granting of autonomy are analysed. Empirical research on this topic shows that adolescents

Agradecimientos: este trabajo se sitúa en el marco del proyecto de investigación BSO2022-03022 financiado por el Ministerio de Educación y Ciencia de España.

Correspondencia: Alfredo Oliva Delgado. Departamento de Psicología Evolutiva y de la Educación. Facultad de Psicología. Universidad de Sevilla. C/ Camilo José Cela s/n. 41018 Sevilla. Correo electrónico: oliva@us.es

benefit from having parents who are warm, communicative and who promote autonomy. Control and conflict could also be considered as exercising a positive influence but, in this case, the consequences are less evident. At all events, the available data do not support a catastrophic view of parent-adolescent relationships. With the exception of early adolescence, when conflicts are more frequent, parent-adolescent relationships are usually positive and satisfactory. Finally, the importance of providing parents with appropriate guidance and resources in order to help them in exercising the parental role is discussed.

Key words: *parent-adolescent relationships, parenting style, adolescent adjustment, family.*

Las relaciones entre padres y adolescentes

Las relaciones familiares durante la adolescencia se han convertido en uno de los tópicos que suscitan más interés entre investigadores y profesionales de la psicología, probablemente porque uno de los mitos asociados a la imagen negativa sobre esta etapa se refiere al deterioro del clima familiar a partir de la llegada de la pubertad. La concepción *Storm and Stress*, que presenta a los adolescentes como indisciplinados, conflictivos y enfrentados a los valores de los adultos, continúa teniendo vigencia en la actualidad entre la población general, como lo demuestran algunos trabajos centrados en el estudio de las ideas y estereotipos sobre la adolescencia (Buchanan y Holmbeck, 1998; Casco y Oliva, 2005). Los títulos de algunos de los libros que pretenden orientar a padres tampoco transmiten mucho optimismo: *Manual para padres desesperados con hijos adolescentes* (Fernández y Buela-Casal, 2002) o *No mate a su hijo adolescente* (Litvinoff, 2002).

Como han señalado algunos autores (Demos y Demos, 1969; Enright, Levy, Harris y Lapsley, 1987), esta visión negativa ha estado presente en el imaginario popular al menos a lo largo de los últimos dos siglos. No obstante, existen referencias anteriores indicando que los mayores siempre han considerado a este grupo de edad como rebelde e inmaduro, especialmente en periodos en los que no se precisaba su incorporación inmediata al mundo adulto. En la actualidad, la mayor presencia de los medios de comunicación contribuye al fortalecimiento de esta imagen dramática y a la estigmatización de la adolescencia mediante la difusión de noticias sensacionalistas sobre el consumo de drogas, la delincuencia juvenil o la violencia escolar.

En relación con la conflictividad familiar, es necesario destacar que la mayor parte de los estudios realizados indican que aunque en la adolescencia temprana suelen aparecer algunas turbulencias en las relaciones entre padres e hijos, en la mayoría de familias estas relaciones siguen siendo afectuosas y estrechas. Sólo en un reducido porcentaje de casos, los conflictos alcanzarán una gran intensidad. Además, estos adolescentes más conflictivos suelen ser aquellos niños y niñas que atravesaron una niñez difícil, ya que sólo un 5% de las familias que disfrutaban de un clima positivo durante la infancia van a experimentar problemas serios en la adolescencia (Steinberg, 2001). Aunque las concepciones psicoanalíticas apuntaban al importante papel del enfrentamiento con los pa-

dres para el proceso de individuación del adolescente, en la actualidad hay un cierto consenso en considerar que aunque el conflicto puede ser un camino para dicha individuación, no es el único posible (Steinberg y Silk, 2002).

Pero si debemos rechazar una imagen excesivamente dramática de las relaciones entre padres y adolescentes, hay que reconocer que la familia es un sistema dinámico sometido a procesos de transformación, que en algunos momentos serán más acusados como consecuencia de los cambios que tienen lugar en algunos de sus componentes. Así, la interacción entre padres e hijos deberá acomodarse a las importantes transformaciones que experimentan los adolescentes, y pasará de la marcada jerarquización propia de la niñez a la mayor igualdad y equilibrio de poder que caracterizan las relaciones parentofiliales durante la adolescencia tardía y la adultez emergente. Como han señalado algunos autores que han aplicado los principios de la Dinámica de Sistemas al análisis de los cambios en la familia (Granic, Dishion y Hollenstein, 2003), durante la infancia, las interacciones sostenidas entre padres e hijos alrededor de las tareas de socialización habrían servido para construir un estilo interactivo en cada díada (padre-hijo/a, madre-hijo/a). Pero, a partir de la pubertad, los cambios intrapersonales en padres e hijos van a representar una perturbación del sistema familiar, que se tornará más inestable y propiciará un aumento de la variedad de patrones de interacción diádicos posibles, de forma que las discusiones y enfrentamientos convivirán con momentos de armonía y expresión de afectos positivos. Así, incluso en las familias en las que las relaciones se caracterizaron por la comunicación, el apoyo y el afecto mutuo, comenzarán a aparecer situaciones de hostilidad o conflicto (Holmbeck y Hill, 1991; Paikoff y Brooks-Gunn, 1991). Tras esos momentos de desequilibrio inicial el sistema se irá estabilizando progresivamente, dando lugar a un nuevo patrón relacional que gozará de cierta estabilidad, y que en gran parte estará condicionado por el clima existente antes del comienzo de las perturbaciones. De hecho, podemos afirmar que desde la infancia hasta el final de la adolescencia existe una considerable continuidad en las relaciones entre padres e hijos. Esta continuidad, o estabilidad relativa, se pone de manifiesto en los estudios longitudinales, que indican cómo, a pesar de los cambios en las puntuaciones medias de los sujetos en alguna variable, se mantiene su ranking o posición relativa respecto a los otros participantes en dicha variable: por ejemplo, un estudio longitudinal llevado a cabo por Parra y Oliva (2006) encontró que, aunque el control conductual ejercido por padres y madres disminuyó entre la adolescencia inicial y la tardía, la correlación entre el control medido en esos momentos distintos fue alta, indicando mucha estabilidad. Es decir, aquellos adolescentes que percibían más control al inicio de la adolescencia eran quienes continuaban sintiéndose más controlados al final.

Causas de la perturbación de las relaciones entre padres y adolescentes

Aunque es el patrón de interacciones el que se modifica durante la adolescencia, son los cambios en el adolescente y en sus padres los que provocan la transformación. En otro lugar hemos expuesto estos cambios con mayor

detalle (Oliva y Parra, 2004); no obstante, comentaremos los más significativos. En primer lugar habría que destacar los cambios hormonales propios de la pubertad, que suelen tener consecuencias sobre los estados emocionales del adolescente y repercuten de forma negativa en sus relaciones con quienes les rodean (Brooks-Gunn, Graber y Paikoff, 1994). Además, el aumento del deseo y de la actividad sexual que conllevan los cambios hormonales puede inclinar a los padres a mostrarse más restrictivos y controladores con respecto a las salidas y amistades del chico y, sobre todo, de la chica adolescente, en un momento en el que éstos buscan una mayor autonomía, con lo que los enfrentamientos serán más frecuentes. Igualmente, resulta obligado señalar los cambios que tienen lugar a nivel cognitivo como consecuencia del desarrollo del pensamiento operatorio formal, que llevará a chicos y chicas a mostrarse más críticos con las normas y regulaciones familiares y a desafiar a la autoridad parental (Smetana, 2005). Además, serán capaces de presentar argumentos más sólidos en sus discusiones, llevando en muchas ocasiones a que sus padres se irriten y pierdan el control. En cualquier caso, se producirá una clara desidealización de los padres, de forma que la imagen parental cercana a la perfección propia de la infancia será sustituida por otra mucho más realista. Finalmente, es importante destacar el aumento del tiempo que pasan con el grupo de iguales (Larson y Richards, 1994) que va a permitir al adolescente una mayor experiencia en relaciones simétricas o igualitarias con toma de decisiones compartidas, y que le llevarán a desear un tipo de relación similar en su familia, lo que no siempre será aceptado de buen grado por unos padres que se resisten a perder autoridad (Collins, 1997; Smetana, 1995). Por otra parte, como acertadamente han señalado Collins y Laursen (2004), en periodos de rápidos cambios evolutivos como la transición a la adolescencia, las expectativas de los padres con respecto al comportamiento de sus hijos son violadas con frecuencia, lo que causará conflictos y malestar emocional.

Aunque las transformaciones más relevantes tienen lugar en el adolescente, sus padres también están sujetos a cambios, y la pubertad de los hijos suele coincidir con la etapa de los 40-45 años de los padres. Este periodo, denominado por algunos autores *crisis de la mitad de la vida*, ha sido considerado como un momento difícil y de cambios significativos para muchos adultos (Levinson, 1978), lo que podría suponer una dificultad añadida a las relaciones entre padres e hijos durante la adolescencia. Por lo tanto, la llegada de la adolescencia es un momento del ciclo familiar en el que coinciden dos importantes transiciones evolutivas, una en el hijo y otra en sus padres, lo que forzosamente repercutirá en el clima familiar.

Algunas dimensiones importantes de las relaciones entre padres y adolescentes

A continuación pasaremos a analizar algunas de las dimensiones o variables del contexto familiar que más atención han recibido por parte de los investigadores de la socialización familiar. Describiremos tanto su trayectoria durante la adolescencia como las influencias que ejercen sobre el ajuste adolescente.

El afecto

Sin duda se trata de la dimensión más relevante a la hora de definir las relaciones entre padres y adolescentes. Generalmente, esta etiqueta se utiliza para hacer referencia a aspectos como la cercanía emocional, el apoyo, la armonía o la cohesión, y aparece asociada al control o monitorización en la definición que Baumrind (1968) realizó del estilo parental democrático. Aunque puede considerarse una dimensión diferente, la comunicación muestra una fuerte asociación con el afecto, por lo que la incluiremos en este apartado. Si merece la pena destacar un aspecto relativo al afecto y la comunicación, es la enorme continuidad de su presencia que se observa en las relaciones parentofiliales durante la infancia y la adolescencia, ya que aquellos niños y niñas que sostienen intercambios cálidos y afectuosos con sus padres son quienes mantienen una relación más estrecha cuando llega la adolescencia (Flouri y Buchanan, 2002). Sin embargo, esa continuidad coexiste con cambios significativos en las interacciones, tanto en las expresiones positivas y negativas de afecto como en la percepción que unos y otros tienen de su relación (Collins y Russell, 1991). Existen abundantes datos que indican una disminución durante la adolescencia de la cercanía emocional, de las expresiones de afecto (Collins y Respinski, 2001), y de la cantidad de tiempo que padres e hijos pasan juntos (Larson, Richards, Moneta, Holmbeck y Duckett, 1996). La comunicación también suele experimentar un ligero deterioro en torno a la pubertad, ya que en esta etapa chicos y chicas hablan menos espontáneamente de sus asuntos, las interrupciones son más frecuentes y la comunicación se hace más difícil. No obstante, este deterioro suele ser pasajero, y en la mayoría de familias la comunicación, al igual que el afecto positivo, suele recuperarse a lo largo de la adolescencia. Aunque existen ligeras diferencias de género en los niveles globales de afecto y comunicación, ya que las chicas se sitúan por encima de los chicos a todas las edades, la disminución seguida de la posterior recuperación suele darse de forma similar en ambos sexos (Larson *et al.*, 1996; Parra y Oliva, 2002).

Podemos considerar el afecto como la dimensión clave del estilo democrático también durante la adolescencia, ya que muestra una asociación muy significativa y poco controvertida con el desarrollo y ajuste adolescente. Esta fuerte relación no se ve afectada por el contexto cultural, como puso de manifiesto el meta-análisis de Khaleque y Rohner (2002) sobre muestras de 43 estudios realizados en los cinco continentes, donde se encontró que el afecto explicaba el 26% de la varianza en el ajuste de niños y adolescentes.

A pesar del relativo distanciamiento afectivo y comunicativo que se producirá en muchas diadas con la llegada de la adolescencia, lo cierto es que chicos y chicas van a seguir beneficiándose de unos padres comunicativos, cercanos y afectuosos, que les apoyen en los momentos difíciles que tendrán que atravesar a lo largo de estos años. Cuando el afecto, el apoyo y la comunicación positiva caracterizan las relaciones entre padres y adolescentes, estos últimos muestran un mejor ajuste psicosocial, incluyendo confianza en sí mismos (Steinberg y Silverberg, 1986), competencia conductual y académica (Steinberg, Lamborn, Dornbusch y Darling, 1992), autoestima y bienestar psicológico

(Noller y Callan, 1991; Oliva, Parra y Sánchez, 2002), menos síntomas depresivos (Allen, Hauser, Eickholt, Bell y O'Connor, 1994) y menos problemas comportamentales (Ge, Best, Conger y Simons, 1996). Además, es más probable que los hijos se muestren receptivos a los intentos socializadores por parte de sus padres y no se rebelen ante sus estrategias de control cuando existe un clima emocional favorable (Darling y Steinberg, 1993).

Los conflictos

Han recibido mucha atención por parte de los investigadores, probablemente porque el aumento de la conflictividad familiar es uno de los rasgos más característicos de la representación social existente sobre la adolescencia (Casco y Oliva, 2005). Muchos estudios analizan los cambios que se producen en los conflictos entre padres e hijos a lo largo de la adolescencia, y podemos decir que los datos al respecto son concluyentes. Así, el meta-análisis realizado sobre 53 investigaciones por Laursen, Coy y Collins (1998) encontró una disminución lineal en la frecuencia de conflictos desde el inicio hasta el final de la adolescencia en chicos y chicas. En cambio, la intensidad emocional con la que eran vividos aumentaba entre la adolescencia inicial y la media, para disminuir ligeramente a partir de ese momento. A pesar de que existen muchas razones que justifican un aumento de la conflictividad con la llegada de la adolescencia, la evidencia empírica sobre este incremento es escasa, ya que apenas si existen estudios sobre esta transición, y lo mismo podría decirse con respecto al paso de la adolescencia a la adultez emergente (Collins y Laursen, 2004). En relación con los cambios evolutivos en los asuntos que suelen generar más discusiones, algunos estudios indican que la hora de vuelta a casa se convierte a lo largo de la adolescencia en uno de los aspectos más problemáticos, especialmente para las chicas. Otros tópicos alrededor de los que suelen girar las desavenencias son asuntos cotidianos como la forma de vestir o el tiempo dedicado a los estudios, mientras que temas como la sexualidad, la política o las drogas no suelen aparecer con frecuencia en las discusiones, aunque cuando aparecen generan conflictos muy intensos (Noller, 1994; Parra y Oliva, 2002). Como ha señalado Smetana (2005), las discrepancias más habituales suelen referirse a asuntos personales que el adolescente intenta situar en el ámbito de su propia jurisdicción, mientras que son menos frecuentes las disputas sobre asuntos morales o convencionales, que chicos y chicas siguen considerando sujetos a la autoridad parental. El sexo del adolescente no parece establecer diferencias importantes ni en los niveles globales de conflictividad ni en su evolución, aunque sí el de los padres, ya que son más frecuentes los altercados con las madres.

La estrategia seguida para la resolución del conflicto también experimentará cambios durante la adolescencia. En la adolescencia temprana es poco probable que las discusiones se resuelvan mediante el compromiso y la negociación, y es muy frecuente que el joven abandone la discusión y se retire a su cuarto, o que el padre imponga su punto de vista obligando al adolescente a asumirlo. En la

medida en que vayan pasando los años la sumisión irá disminuyendo mientras que aumentarán la retirada y la negociación (Smetana y Gaines, 1999).

Si damos por hecho que las disputas entre padres y adolescentes de escasa o moderada intensidad y centradas en asuntos cotidianos van a formar parte de la vida familiar, es importante preguntarnos por la repercusión que pueden tener sobre las relaciones parento-filiales y sobre el desarrollo y ajuste del adolescente. Una de las primeras consecuencias será el aumento de malestar emocional y estrés experimentado, que suele ser mayor en los progenitores, especialmente en las madres (Noller, 1994). Los investigadores hemos prestado más atención a las consecuencias que esta conflictividad tiene para el ajuste adolescente que a sus efectos sobre la salud mental de los padres, que puede verse afectada negativamente cuando las desavenencias son recurrentes, pues los padres suelen describir esta etapa como la más difícil en el ejercicio de su rol parental (Steinberg, 2001). No obstante, los conflictos de intensidad moderada no suelen mermar en exceso la calidad del clima familiar. Más bien parece que este tipo de discusiones sobre asuntos cotidianos, a pesar del malestar inmediato que crean, tienen un efecto positivo a medio plazo sobre las relaciones y sobre el propio adolescente, ya que favorecerán una reestructuración del sistema familiar y una renegociación de roles y expectativas. De esta manera se alcanzará un nuevo equilibrio que tendrá en cuenta las nuevas necesidades del adolescente, y que facilitará su individuación y la construcción de su identidad personal (Granic *et al.* 2003; Musitu, Buelga, Lila y Cava, 2001; Smetana, 2005). Además, las situaciones conflictivas pueden ser un contexto muy adecuado para el aprendizaje de estrategias de negociación y resolución de problemas, y para el desarrollo de la habilidad de adopción de perspectivas (Smetana, 2005). No es extraño que algunos estudios longitudinales encuentren que los adolescentes que sostuvieron discusiones moderadas con sus padres muestren un mejor ajuste años después que quienes no discutieron (Adams y Laursen, 2001). Aunque tampoco faltan los estudios que encuentran una relación positiva entre las disputas frecuentes y de elevada intensidad y los problemas psicosociales del adolescente (ver Laursen y Collins, 1994). Probablemente, las discrepancias entre estudios sean debidas a su carácter transversal o longitudinal, y al papel moderador que juegan tanto la intensidad emocional de los conflictos como la calidad de las relaciones entre padres e hijos, que suelen inclinar la balanza en un sentido u otro. Como apuntan Allen y Land (1999), las diadas padre/madre-adolescente que muestran un apego seguro tratan de resolver sus conflictos de forma directa y negociada, mientras que cuando se trata de diadas inseguras, la carga emocional que acompaña la discusión es mucho mayor, lo que frecuentemente lleva a la huida o retirada del adolescente, dejando el conflicto sin resolver.

El control

Representa la segunda dimensión de la clasificación de Baumrind, y se refiere a estrategias socializadoras por parte de los padres, incluyendo el establecimiento de normas y límites, la aplicación de sanciones, la exigencia de

responsabilidades y la monitorización o conocimiento por parte de los padres de las actividades que realizan sus hijos. La mayoría de los estudios encuentran una disminución en los niveles de control que padres y madres ejercen sobre sus hijos a medida que transcurre la adolescencia, siendo esta disminución uno de los principales reajustes que los padres suelen realizar en su estilo parental para adaptarse a la mayor madurez de su hijo adolescente y a sus nuevas necesidades (Parra y Oliva, 2006; Collins y Steinberg, 2006).

Si en el caso del afecto existía una abundante cantidad de datos que apoyaban su importancia para el ajuste adolescente, en el caso del control las cosas parecen estar menos claras, y no podemos afirmar que exista una relación lineal entre control y ajuste. Diana Baumrind (1991), en respuesta a las críticas recibidas por parte de Lewis (1981) sobre la escasa relevancia del control, ya había señalado la existencia de una relación curvilínea entre ambas variables, de tal forma que tan perjudicial sería la carencia como el exceso de control, que podía generar conductas rebeldes y agresivas. Aunque la literatura sobre estilos parentales apoya la importancia del control para la prevención de los problemas comportamentales en niños y adolescentes (Steinberg y Silk, 2002), no faltan autores que cuestionan esta importancia. Así, Kerr y Stattin han señalado que la relación encontrada en muchos estudios entre control y ajuste adolescente se basa en una idea que suele asumirse con escasa evidencia: la de que si los padres tienen información sobre lo que hacen sus hijos en su tiempo libre es como consecuencia de la monitorización o vigilancia que realizan, o de los límites que establecen a su comportamiento (Kerr y Stattin, 2000; Stattin y Kerr, 2000). La mayoría de investigadores establece una equiparación entre control y conocimiento y, por lo tanto, utiliza preguntas acerca del conocimiento que los padres tienen de las actividades de sus hijos como forma de evaluar el control, para a continuación analizar su relación con algunos indicadores conductuales. Sin embargo, las investigaciones realizadas por estos autores indican que los padres obtienen la mayor parte de este conocimiento a través de la revelación espontánea por parte de sus hijos, y no como consecuencia de sus preguntas o esfuerzos deliberados. Además, ni las estrategias activas de los progenitores para controlar el comportamiento del adolescente, ni sus esfuerzos activos para obtener información guardan relación con su ajuste, incluso aparecen asociados a algunos indicadores negativos. Sólo la revelación, es decir, lo que los hijos cuentan espontáneamente a sus padres, muestra una relación negativa con los problemas de conducta. Por lo tanto, la asociación entre control y ajuste adolescente que encuentran muchos estudios sería una falsa asociación, ya que lo evaluado no sería el control sino la información que tienen los padres, que probablemente procede de la revelación. Para complicar aún más las cosas, tendríamos que preguntarnos si es el conocimiento que los padres tienen sobre las actividades y amistades de sus hijos el que sirve para predecir su ajuste comportamental, o si la influencia va en el sentido contrario, ya que es razonable pensar que los adolescentes que muestran conductas antisociales serán menos proclives a informar a sus padres sobre sus actividades. Algunos estudios que han analizado esta relación de forma longitudinal encuentran una relación bidireccional, es decir, el mayor conocimiento

parental predijo un mayor ajuste adolescente, y viceversa (Laird, Pettit, Bates y Dodge, 2003; Parra y Oliva, 2006).

También se muestran muy críticos con la importancia del control Musitu y García (2005), quienes en un estudio llevado a cabo en España encontraron que los adolescentes cuyos padres presentaban un estilo permisivo se mostraron más ajustados que aquéllos con padres democráticos o autoritarios, lo que es interpretado por estos autores como un efecto moderador de la cultura española. Es decir, el control tendría efectos positivos para el desarrollo adolescente en las culturas anglosajonas, pero no en otras, como la española. No obstante, hay que decir que el control considerado por estos autores fue claramente coercitivo, por lo que no es sorprendente que incluso acompañado de afecto resultara contraproducente para el ajuste adolescente. En la posición contraria podemos situar las recientes críticas de Fletcher, Steinberg y Williams (2004) a los planteamientos de Kerr y Stattin. Estos autores, a partir del re-análisis de los datos procedentes de un antiguo estudio longitudinal, llegaron a la conclusión de que el control influía significativamente sobre el conocimiento parental y sobre la reducción de las conductas antisociales.

Finalmente, es necesario hacer referencia a la postura defendida por Chao (2001) en la línea del relativismo cultural. Este autor defiende, a partir de sus estudios con familias chinas y afro-americanas, la superioridad de los estilos caracterizados por el control autoritario de cara a la promoción del ajuste comportamental de niños y adolescentes pertenecientes a culturas colectivistas. Sin embargo, esta afirmación ha sido cuestionada por Steinberg (2001) y Sorkhabi (2005), quienes tras sendas revisiones de la literatura existente sobre las consecuencias de los estilos parentales encuentran un mejor ajuste en los niños y niñas criados en un entorno democrático, incluso en culturas colectivistas.

Aunque el debate sigue abierto, a la vista de todo lo anterior parece recomendable que los padres se mantengan informados sobre las actividades, amistades y paraderos de sus hijos e hijas, y que la mejor fórmula para conseguir esa información es manteniendo una relación cercana, comunicativa y de confianza, lo que nos lleva de nuevo a destacar la importancia del afecto y la comunicación en las relaciones entre padres y adolescentes, incluso como estrategia de supervisión para prevenir problemas comportamentales. Por otra parte, no parece prudente rechazar las estrategias activas de control durante la infancia y la adolescencia temprana. Sin embargo, una vez bien entrada la adolescencia, habría que relativizar su valor, y no puede afirmarse que el control firme sea muy recomendable. Tal vez lo importante sea que el control, inductivo y justificado, esté presente en la infancia, de forma que proporcione estructura y guía al comportamiento y sea interiorizado por niños y niñas. Según transcurra la adolescencia, será cada vez menos necesario, y deberá ir relajándose para dar paso a una relación más igualitaria que otorgue al adolescente más libertad y autonomía. Sólo en casos especiales, como cuando se trata de adolescentes inmaduros o que tienen relaciones con grupos antisociales, tendría sentido mantener un control más estricto.

El fomento de la autonomía

Cuando Baumrind llevó a cabo su estudio pionero, sólo tuvo en cuenta las dimensiones de afecto y control para caracterizar el estilo parental. Sin embargo, Lewis (1981) ya había señalado que en el estudio de Baumrind los ítems que realmente diferenciaban a los padres de los niños más ajustados, es decir, los democráticos, de los otros tipos de padres tenían poco que ver con el control y podrían considerarse referidos al fomento de la autonomía («respetar las decisiones del niño» o «estimular el toma y daca verbal»). La promoción o fomento de la autonomía se refiere a las prácticas parentales que van encaminadas a que niños o adolescentes desarrollen una mayor capacidad para pensar, formar opiniones propias y tomar decisiones por sí mismos, sobre todo mediante las preguntas, los intercambios de puntos de vista y la tolerancia ante las ideas y elecciones discrepantes, y pueden considerarse fundamentales para el desarrollo de la competencia del adolescente. Este tipo de prácticas son más frecuentes a medida que transcurre la adolescencia, aunque los padres suelen mostrarse más tolerantes y promueven antes la autonomía del adolescente en asuntos personales, tales como los libros o revistas que leen, la forma de vestir, o el momento de hacer sus tareas escolares, que cuando se trata de responsabilidades relativas a las tareas domésticas, o, sobre todo, cuando se trata de comportamientos que pueden tener consecuencias negativas para la salud (Smetana, Campione-Barr y Daddis, 2004). Por otra parte, también se han descrito diferencias culturales, de manera que en culturas individualistas los padres muestran una mayor tendencia a promover la autonomía de sus hijos que en culturas colectivistas, en las que la interdependencia entre los miembros de la familia es un valor cultural altamente apreciado (Daddis y Smetana, 2005; Kagitcibaci, 1996).

Con respecto a las consecuencias que se derivan para el adolescente de este tipo de prácticas, los datos disponibles son muy claros, indicando que los padres que promueven la autonomía tienen hijos más individualizados y con mejor ajuste y competencia social (Allen, Hauser, Eichholt, Bell y O'Connor, 1994; Hodges, Finnegan y Perry, 1999). Además, los intercambios verbales frecuentes entre estos padres y sus hijos servirán para estimular su desarrollo cognitivo y su habilidad para la adopción de perspectivas (Krevans y Gibbs, 1996) e influirán positivamente sobre su rendimiento académico (Kurdek y Fine, 1994). Sin embargo, aquellos padres que no aceptan la individualidad de sus hijos y suelen reaccionar de forma negativa ante sus muestras de pensamiento independiente, limitando y construyendo su desarrollo personal, van a tener hijos con más síntomas de ansiedad y depresión y más dificultades relacionales y en el logro de la identidad personal (Rueter y Conger, 1998). Aunque algunos estudios han encontrado menos beneficios de las prácticas de estimulación de la autonomía cuando se trata de adolescentes afro-americanos, que parecen requerir un control más estricto de cara a la prevención de problemas comportamentales (Smetana, Campione-Barr y Daddis, 2004), hay que volver a mencionar las recientes críticas de Sorkhabi (2005) a este relativismo cultural.

En muchas ocasiones los padres menos propensos al fomento de la autonomía utilizan estrategias de control psicológico, como la inducción de culpa o la retirada de afecto cuando el adolescente muestra un comportamiento que ellos no aprueban. Este control, que se sirve de medios psicológicos para controlar las emociones y conductas del niño o adolescente, es bien distinto a lo que podríamos definir como control conductual, y tendrá también efectos diferentes. Si el control conductual ha aparecido asociado a un mejor ajuste externo, el control psicológico está relacionado con problemas emocionales (Barber, 1996; Garber, Robinson y Valentiner, 1997; Silk, Morris, Kanaya y Steinberg, 2003) y conductuales (Conger, Conger y Scaramella, 1997; Parra y Oliva, 2006). La consideración del control psicológico y el fomento de la autonomía como los polos opuestos de una misma dimensión ha sido cuestionada por algunos estudios recientes que indican que la ausencia de promoción de autonomía no implica necesariamente la existencia de control psicológico, aunque exista una correlación negativa entre ambas variables (Barber, Bean y Erickson, 2002; Silk, *et al.*, 2003). En cualquier caso, la asociación entre el control psicológico y los problemas emocionales y comportamentales está bien documentada, y los hijos de los padres que emplean estas estrategias experimentan dificultades para el desarrollo de su autonomía e identidad, y muestran altos niveles de ansiedad y de síntomas depresivos. También es más frecuente el desarrollo de problemas de conducta, probablemente como una vía de escape y una forma de rebelarse contra los padres. Si bien ya hemos comentado que el fomento de la autonomía y el control conductual siguen trayectorias opuestas a lo largo de la adolescencia, pues mientras que el primero aumenta el segundo disminuye, el control psicológico mantiene, en cambio, una trayectoria muy estable (Parra y Oliva, 2006), probablemente porque se trata de una práctica utilizada por algunos padres con independencia de la edad y del nivel de madurez del adolescente.

Aunque el control psicológico y el conductual son dimensiones o estrategias claramente diferenciadas, la correlación entre ambas es positiva, y tienden a darse conjuntamente. Es posible que sea esa asociación la responsable de que muchos estudios no encuentren efectos positivos del control conductual para el ajuste adolescente, e incluso encuentren consecuencias negativas. Así, Aunola y Nurmi (2005), en un estudio longitudinal con niños y niñas finlandeses, encontraron que el control o monitorización prevenía los problemas de conductas, pero sólo cuando no iba asociado al control psicológico.

Algunas implicaciones prácticas

Todo lo expuesto hasta ahora nos indica de forma clara que, a pesar de los cambios en las relaciones entre padres e hijos que tienen lugar durante la adolescencia, la familia continúa constituyendo una importante influencia para el desarrollo y el ajuste adolescente. Los datos procedentes de la investigación realizada durante las últimas décadas son abundantes, y nos proporcionan una información útil y relevante de cara a la intervención encaminada a mejorar la

calidad del contexto familiar del adolescente. Por una parte, resulta evidente que las relaciones entre padres y adolescentes distan mucho de ser ese infierno que muchos medios de comunicación o libros presentan. A pesar del aumento de la conflictividad que suele acompañar a la llegada de la pubertad, en la mayoría de las familias se superarán esos complicados momentos iniciales y se alcanzará un nuevo equilibrio, satisfactorio para padres e hijos. Creemos que es importante difundir una imagen de la adolescencia más realista y alejada de esos tópicos y estereotipos que presentan a chicos y chicas como conflictivos, violentos y en lucha permanente con el mundo adulto, ya que cuando los padres tienen unas expectativas muy pesimistas no es extraño que éstas terminen cumpliéndose. Es importante que los padres comprendan que aunque las relaciones con sus hijos e hijas cambiarán durante estos años, podrán seguir siendo muy gratificantes.

La segunda conclusión que podemos extraer es la de que los padres siguen siendo importantes y, por lo tanto, la forma de relacionarse con sus hijos y el estilo parental que muestren serán de gran importancia, tanto para el desarrollo del adolescente como para el bienestar emocional de los propios padres. Hay una serie de ideas que es importante transmitirles para ayudarles en el ejercicio de su rol parental. Por una parte, los padres necesitan conocer los principales cambios que van a experimentar sus hijos e hijas durante esta etapa, así como sus nuevas necesidades, ya que cuando tienen esta información suelen mostrarse menos confusos y angustiados y reaccionan de forma más racional y reflexiva ante los nuevos comportamientos del adolescente. Pero también es importante que sepan cómo poder desarrollar un estilo parental adecuado, es decir, un estilo que combine el afecto, la comunicación y el apoyo, con el fomento de la autonomía e individualidad. En relación con el control habría que realizar algunas matizaciones, ya que probablemente se trate de la dimensión cuyo ejercicio pueda crear más problemas a los padres. Durante la adolescencia, especialmente en su primer tramo, sigue siendo fundamental que los padres pongan límites, exijan responsabilidades y monitoricen las actividades que realizan sus hijos. Además, en la medida en que la sociedad se torna más dinámica e inestable, como ocurre en la actualidad, los padres cobran una mayor importancia en su papel de guías o lazarillos de unos adolescentes que pueden sentirse muy desorientados ante tanto cambio y provisionalidad (Oliva, 2003). No obstante, tan perjudicial puede ser un control escaso como uno excesivo que no tenga en cuenta las nuevas necesidades del adolescente. Lograr ese equilibrio no es fácil, sobre todo cuando se oyen tantas voces que demandan el retorno a una disciplina más severa como solución mágica a los problemas de la adolescencia actual. La evidencia empírica acumulada no parece apoyar esa petición, ya que tanto el afecto como la comunicación constituyen dimensiones más relevantes para la promoción del ajuste adolescente y, como hemos tenido ocasión de comentar, una buena comunicación es la mejor manera de monitorizar el comportamiento adolescente. Además, contrariamente a la opinión pública mayoritaria, probablemente sea mayor el número de padres que muestran una carencia de afecto y comunicación con sus hijos que el de quienes son deficitarios en control. Muchos de los problemas

propios de la adolescencia están relacionados con la falta de afecto y apoyo, y en bastantes casos son una reacción a una serie de normas o límites establecidos de forma unilateral o autoritaria por unos padres poco dialogantes. Por lo tanto, aunque apoyamos el uso del control, sobre todo en la adolescencia temprana, debe ser un control democrático y ajustado a la edad y madurez del adolescente. Frente a quienes demandan un aumento de la disciplina, defendemos un “empoderamiento” de este grupo etario mediante la concesión de una mayor autonomía y capacidad de influencia en la toma de decisiones, tanto en el entorno familiar como en el escolar y social. La infantilización de los adolescentes, manteniéndolos instalados en la niñez una vez que su desarrollo puberal está bien avanzado, supone dar la espalda a la realidad de una adolescencia que cada vez comienza a una edad más temprana.

Para finalizar, nos gustaría destacar la importancia que adquiere durante la adolescencia el asesoramiento a padres en su tarea de crianza y educación de los hijos, ya que esta etapa puede resultar más complicada para muchos padres y madres que se sentirán desorientados y confusos. Resulta necesario que dispongan de recursos que les apoyen en su tarea educativa, les transmitan conocimientos y estrategias para aumentar su competencia y mejorar su estilo parental y les sirvan para fortalecer sus nexos con la comunidad (Máiquez, Rodríguez y Rodrigo, 2004). Los materiales informativos, el trabajo con grupos de padres o la orientación individualizada pueden mostrarse muy eficaces para conseguir esos objetivos. Esto podría contribuir a la reducción de muchos de los problemas de ajuste interno y externo característicos de los adolescentes y les facilitaría una transición más saludable al mundo adulto.

REFERENCIAS

- Adams, R. y Laursen, B. (2001). The organization and dynamics of adolescent conflict with parents and friends. *Journal of Marriage and the Family*, 63, 97-110.
- Allen, J. P. y Land, D. (1999). Attachment in Adolescence. En J. Cassidy y P. Shaver (Eds.), *Handbook of attachment*. New York: The Guilford Press.
- Allen, J. P., Hauser, S., Eickholt, C., Bell, K. y O'Connor, T. (1994). Autonomy and relatedness in family interactions as predictors of expressions of negative adolescent affect. *Journal of Research on Adolescence*, 4, 535-552.
- Aunola, K., y Nurmi, J. E. (2005). The role of parenting styles in children's problem behavior. *Child Development*, 76, 1144-1159.
- Barber, B. K. (1996). Parental psychological control: revisiting a neglected construct. *Child Development*, 67, 3296-3319.
- Barber, B. K., Bean, R. L. y Erickson, L. D. (2002). Expanding the study and understanding of psychological control. En B. K. Barber (Ed.), *Intrusive parenting: How psychological control affects children and adolescents* (pp. 263-290). Washington, DC: American Psychological Association Press.
- Baumrind, D. (1968). Authoritarian vs. authoritative parental control. *Adolescence*, 3, 255-272.
- Baumrind, D. (1991). Effective parenting during the early adolescent transition. En P.E. Cowan y E.M. Hetherington (Eds.), *Advances in family research*, Vol. 2 (pp. 111-163). Hillsdale, NJ: Lawrence Erlbaum Associates.
- Brooks-Gunn, J., Graber, J. A. y Paikoff, R. L. (1994). Studying links between hormones and negative affect: Models and measures. *Journal of Research on Adolescence*, 4, 469-486.
- Buchanan, C. M., y Holmbeck, G. (1998). Measuring beliefs about adolescent personality and behavior. *Journal of Youth and Adolescence*, 27, 609-629.
- Casco, F.J. y Oliva, A. (2005). Ideas sobre la adolescencia entre padres, profesores, adolescentes y personas mayores. *Apuntes de Psicología*, 22, 171-185.
- Chao, R. (2001). Extending research on the consequences of parenting style for Chinese Americans and European Americans. *Child Development*, 72, 1832-1843.

- Collins, W.A. (1997). Relationships and development during adolescence: Interpersonal adaptation to individual change. *Personal Relationships*, 4, 1-14.
- Collins, W. A. y Laursen, B. (2004). Parent-adolescent relationships and influences. En R. M. Lerner, y Steinberg, L. (Ed.), *Handbook of adolescent psychology*. (pp. 331-361). N. J.: Wiley.
- Collins, W. A., y Repinski, D. J. (1994). Relationships during adolescence: Continuity and change in interpersonal perspective. In R. Montemayor, G. R. Adams, & T. P. Gullotta (Eds.), *Personal relationships during adolescence* (pp. 7-36). Thousand Oaks, CA: Sage.
- Collins, W. A. y Russell, G. (1991). Mother-child and father-child relationships in middle childhood and adolescence: A developmental analysis. *Developmental Review*, 11, 99-136.
- Collins, W.A. y Steinberg, L. (2006). Adolescent development in interpersonal context. En N. Eisenberg (Vol. Ed.), *Social, emotional, and personality development. Handbook of Child Psychology* (W. Damon and R. Lerner, Eds.). (pp. 1003-1067). New York: Wiley.
- Conger, K., Conger, R. y Scaramella, L. (1997). Parents, siblings, psychological control and adolescent adjustment. *Journal of Adolescent Research*, 12, 113-38.
- Daddis, C. y Smetana, J. G. (2005). Middle class African American families' expectations for adolescents' behavioral autonomy. *International Journal of Behavioral Development*, 29, 371-381.
- Darling, N. y Steinberg, L. (1993). Parenting Style as context: An integrative model. *Psychological Bulletin*, 113, 487-496.
- Demos, J. y Demos, V. (1969). Adolescence in historical perspective. *Journal of Marriage and the family*, 31, 632-638.
- Enright, R.D., Levy, V.M., Jr., Harris, D. y Lapsley, D. K. (1987). Do economic conditions influence how theorists view adolescents? *Journal of Youth and Adolescence*, 16, 541-559.
- Fernández, J. M. y Buela-Casal, G. (2002). *Manual para padres desesperados con hijos adolescentes*. Madrid: Pirámide.
- Fletcher, A. C., Steinberg, L. y Williams, M. (2004). Parental influences on adolescent problem behaviour: revisiting Stattin and Kerr. *Child Development*, 75, 781-796.
- Flouri, E. y Buchanan, A. (2002). What predicts good relationships with parents in adolescence and partners in adult life: Findings from the 1958 British birth cohort. *Journal of Family Psychology*, 16, 186-198.
- Garber, J., Robinson, N.S. y Valentiner, D. (1997). The relation between parenting and adolescent depression: Self-worth as a mediator. *Journal of Adolescent Research*, 12, 12-33.
- Ge, X., Best, K. M., Conger, R. D. y Simons, R. L. (1996). Parenting behaviors and the occurrence and co-occurrence of adolescent depressive symptoms and conduct problems. *Developmental Psychology*, 32, 717-731.
- Granic, I., Dishion, T. J. y Hollenstein, T. (2003). The family ecology of adolescence: A dynamic systems perspective on normative development. En G. R. Adams, y Berzonsky, M. (Ed.), *The Blackwell Handbook of Adolescence*. Oxford, UK: Blackwell.
- Hodges, E.V.E., Finnegan, R.A. y Perry, D.G. (1999). Skewed autonomy-relatedness in preadolescents' conceptions of their relationships with mother, father, and best friend. *Developmental Psychology*, 35, 737-748.
- Holmbeck, G. N. y Hill, J. P. (1991). Conflictive engagement, positive affect and menarche in families with seventh-grade girls. *Child Development*, 62, 1030-1048.
- Kagitcibasi, C. (1996). The autonomous-relational self: A new synthesis. *European Psychologist*, 1, 180-186
- Kerr, M., y Stattin, H. (2000). What parents know, how they know it, and several forms of adolescent adjustment: further support for a reinterpretation of monitoring. *Developmental Psychology*, 36, 366-380.
- Khaleque, A. y Rohner, R. P. (2002). Reliability of measures assessing the pancultural association between perceived parental acceptance-rejection and psychological adjustment: Meta-analysis of cross-cultural and intracultural studies. *Journal of Cross-Cultural Psychology*, 33, 87-99.
- Krevans, J. y Gibbs, J.C. (1996). Parents' use of inductive discipline: Relations to children's empathy and prosocial behavior. *Child Development*, 67, 3263-3277.
- Kurdek, L. A. y Fine, M. A. (1994). Family warmth and family supervision as predictors of adjustment in young adolescence: linear, curvilinear, or interactive effects. *Child Development*, 65, 1137-1143.
- Laird, R.D., Pettit, G.S., Dodge, K.A. y Bates, J.E. (2003). Change in parents' monitoring knowledge: Links with parenting, relationship quality, adolescent beliefs, and antisocial behavior. *Social Development*, 12, 401-419.
- Larson, R. y Richards, M.H. (1994). *Divergent realities: The emotional lives of fathers, mothers, and adolescents*. New York: Basic Books.
- Larson, R.W., Richards, M.H., Moneta, G., Holmbeck, G. y Duckett, E. (1996). Changes in adolescents' daily interactions with their families from ages 10 to 18: Disengagement and transformation. *Developmental Psychology*, 32, 744-754.
- Laursen, B., y Collins, W. (1994). Interpersonal conflict during adolescence. *Psychological Bulletin*, 115, 197-209.
- Laursen, B., Coy, K. C. y Collins, W. A. (1998). Reconsidering changes in parent-child conflict across adolescence: A meta-analysis. *Child Development*, 69, 817-832.
- Levinson, D. J. (1978). *The seasons of a man's life*. New York: Ballantine Books.
- Lewis, (1981). The effects of parental firm control: A reinterpretation of findings. *Psychological Bulletin*, 90, 547-563.

- Litvinoff, C. L. (2002). *No mate a su hijo adolescente*. Buenos Aires: Editorial del Nuevo Extremo.
- Máiquez, M. L., Rodríguez, G. y Rodrigo, M. J. (2004). Intervención psicopedagógica en el ámbito familiar: los programas de educación para padres. *Infancia y Aprendizaje*, 27, 403-406.
- Musitu, G. y García, J. F. (2005). Consequences of family socialization in the spanish culture. *Psychology in Spain*, 9, 34-40.
- Musitu, G., Buelga, S. Lila, M. y Cava, M. J. (2001). *Familia y adolescencia*. Madrid: Síntesis.
- Noller, P. (1994). Relationship with parents in adolescence: Process and outcomes. En R. Montemayor, Adams, G.R., y Gullota, T.P. (Ed.), *Personal relationship during adolescence*: Thousand Oaks, CA: SAGE.
- Noller, P., y Callan, V. (1991). *The adolescent in the family*. London: Routledge.
- Oliva, A. (2003). Adolescencia en España a principios del siglo XXI. *Cultura y Educación*, 15, 373-383.
- Oliva, A. y Parra, A. (2004). Contexto familiar y desarrollo psicológico durante la adolescencia. En E. Arranz (Ed.), *Familia y desarrollo psicológico* (pp. 96-123). Madrid: Prentice-Hall. Pearson Educación.
- Oliva, A., Parra, A. y Sánchez-Queija, T. (2002). Relaciones con padres e iguales como predictoras del ajuste emocional y conductual durante la adolescencia. *Apuntes de Psicología*, 20, 3-16.
- Paikoff, R. L., y Brooks-Gunn, J. (1991). Do parent-child relationships change during puberty? *Psychological Bulletin*, 110, 47-66.
- Parra, A. y Oliva A. (2002). Comunicación y conflicto familiar durante la adolescencia. *Anales de Psicología*, 18, 215-231
- Parra, A. y Oliva, A. (2006). Un análisis longitudinal sobre las dimensiones relevantes del estilo parental durante la adolescencia. *Infancia y Aprendizaje*, 29, 453-470.
- Rueter, M. y Conger, R. (1998). Reciprocal influences between parenting and adolescent problem-solving behavior. *Developmental Psychology*, 37, 1470-1482.
- Silk, J., Morris, A., Kanaya, T. y Steinberg, L. (2003). Psychological control and autonomy granting: Opposite ends of a continuum or distinct constructs? *Journal of Research on Adolescence*, 13, 113-128.
- Smetana, J. (1995). Parenting style and conceptions of parental authority during adolescence. *Child Development*, 66, 299-316.
- Smetana, J. G. (2005). Adolescent-parent conflict: Resistance and subversion as developmental process. En L. Nucci (Ed.), *Resistance, subversion, and subordination in moral development* (pp. 69-91). Mahwah, NJ: Erlbaum.
- Smetana, J. G., y Gaines, C. (1999). Adolescent-parent conflict in middle-class African-American families. *Child Development*, 70, 1447-1463.
- Smetana, J. G., Campione-Barr, N. y Daddis, C. (2004). Developmental and longitudinal antecedents of family decision-making: Defining health behavioral autonomy for African American adolescents. *Child Development*, 75, 1-17.
- Sorkhabi, N. (2005). Applicability of Baumrind's parent typology to collective cultures: Analysis of cultural explanations of parent socialization effects. *International Journal of Behavioral Development*, 29, 552-563.
- Stattin, H. y Kerr, M. (2000). Parental monitoring: A reinterpretation. *Child Development*, 71, 1070-1083.
- Steinberg, L. (2001). We know some things: Parent-adolescent relationships in retrospect and prospect. *Journal of Research on Adolescence*, 11, 1-19.
- Steinberg, L. y Silk, J. S. (2002). Parenting adolescents. En I. Bornstein (Ed.), *Handbook of parenting* (Vol. I. Children and parenting). Mahwah, NJ: Lawrence Erlbaum Associates
- Steinberg, L. y Silverberg, S. (1986). The vicissitudes of autonomy in early adolescence. *Child Development*, 57, 841-851.
- Steinberg, L., Lamborn, S. D., Dornbusch, S. M. y Darling, N. (1992). Impact of parenting practices on adolescent achievement: Authoritative parenting, school involvement and encouragement to succeed. *Child Development*, 63, 1266-1281.